

## Los bárbaros: la reconquista de América

---

Guy Sorman

«Stetson pardo con el ala alzada, gafas Rayban impenetrables, camisa militar perfectamente cortada y planchada, William Doelittle, teniente de Estados Unidos en el regimiento de los border-patrols, monta guardia frente a México. Ante él, como un trazo de color vivo, chabolas rosa y púrpura de Tijuana marcan el límite de las dos Américas. Al Norte, la prosperidad del mundo anglosajón; al Sur, la pobreza latinoamericana. Nunca una frontera arbitraria como ésta -trazada a cordel sobre tres mil kilómetros por los azares de la guerra y de la historia- ha separado de manera tan tajante el mundo rico del tercer mundo. Hace veinte años, Doelittle combatía en Vietnam. Hoy, el colt que cuelga de su cinturón es sólo un arma disuavisa, pero, para él, su misión es la misma: proteger al mundo libre, a la civilización blanca... ¿Contra quién, en definitiva?

«En el lado Méxicano, veo un millar de hombres deambulando sobre la estrecha banda de tierra que separa las últimas fachadas de Tijuana del territorio de Estados Unidos. Van y vienen en pequeños grupos, y parecen al acecho de algún acontecimiento improbable en un lugar tan desolado éste. En realidad, están esperando simplemente a que el teniente suba a su coche y vaya a inspeccionar otro punto de paso clandestino. Habitado a esta táctica, Doelittle ha pedido refuerzos para formar con sus compañeros una débil muralla: cuatro vehículos y seis hombres en total. Se observan los dos grupos: mil contra seis. Sobre el cuerpo de operaciones, un helicóptero de los servicios de fronteras pasa y vuelve a pasar a lo largo de la línea de lomas, da la vuelta hacia la costa del Pacífico y vuelve de nuevo, ruidoso e inútil. Este juego durará unas horas, hasta la noche, que, en esta latitud, cae bruscamente. Paradójicamente, la noche facilita la observación de los border-patrols, equipados con gemelos de infrarrojos. Los mexicanos nolo saben. Erróneamente convencidos de que la oscuridad los protege, se pondrán en marcha de repente, sin una señal, sin un ruido, y recorrerán a toda velocidad, en línea recta, hacia los Estados Unidos. En esta extraña caza, Doelittle y sus hombres se ven obligados a ordenar a gritos a los mexicanos que se detengan. Curiosamente, como si se sintieran interpelados uno a uno, se van quedando inmóviles. Obedecen a una especie de regla de juego no escrita, o es quizá que se han sentido bruscamente presa del pánico, el reflejo del campesino mexicano ante los representantes de la autoridad pública...

«Esta noche fracasarán mil cien inmigrantes clandestinos y serán conducidos a los calabozos de la patrulla fronteriza, en Chula Vista. Pero el número de los que consigan pasar -¿como saber este número?- será quizá el doble, o el triple. E irán a engrosar la marea humana que asciende hasta desbordar la frontera que va de Tijuana a Río Grande, una marea que obsesiona y comienza a asustar a los norteamericanos, una invasión que no es la de un enemigo, sino de la pobreza, del hombre, de la determinación obstinada de abrirse camino en la vida. De dos a cuatro millones de mexicanos, según estimaciones aproximadas, viven en ilegalidad permanente en territorio norteamericano. Y a ellos hay que añadir un millón de temporeros que permanecen durante seis meses a este lado de la frontera, para volver luego a sus pueblos y regresar una vez más.

«Doelittle confiesa que ya no reconoce a su América blanca. En el sur de California todo recuerda más la cultura latinoamericana -arquitectura, rostros, colores y sonidos-. El teniente no piensa sin embargo dejar los border-patrols: por veinte mil dólares anuales, seguirá su vela en esta guerrilla absurda, incapaz para siempre de poner dique a la oleada de inmigrantes que, en todas partes del mundo, asciende hacia el Norte. Porque estos hombres y mujeres del sur se niegan a seguir viviendo en la pobreza y huyen tanto de ella como del yugo de policías corruptos, dictadores delirantes, burocracias estabilizadoras. Suben hacia un mundo más rico, pero que, es un mundo más libre, más respetuoso con la persona humana...»

## **Retorno a Tijuana**

Esto es lo que contaba yo en *La Nouvelle Richesse des Nations*, en 1986. A cabo de seis años he vuelto a Tijuana. El teniente William Doelittle se ha jubilado. Ha sido sustituido por Clark Messer, que no hizo la guerra en Vietnam. Para él, confiesa, la border-patrol es un oficio, un «job» como cualquier otro. ¡Todas las rutas del continente llevan a Tijuana! Desde aquella noche de 1986, de cuatro a cinco millones de mejicanos y un millón de latinoamericanos de otras procedencias han penetrado ilegalmente en Estados Unidos. La mayor parte se han convertido en residentes permanentes, algunos han legalizado su situación gracias a la ley de amnistía, otros siguen siendo clandestinos. He vuelto a Tijuana para comprobar si era posible o no el control de una frontera, y si al fin se había logrado contener el flujo inmigratorio. ¿Cómo han tomado los norteamericanos el anuncio, en 1986, de que el gobierno de Washington iba a cerrar la frontera con una barrera high-tech y que el Congreso ha adoptado una ley por la que se sanciona a quienes den empleo a los «indocumentados»? Otra innovación de estos seis años: la inmigración ilegal se ha convertido en cuestión de política nacional desde que Patrick Buchanan, candidato a la Casa Blanca, centró su campaña en este tema. Sería presa norteamérica de la xenofobia militante y de la caza de los nuevos bárbaros?

Iniciamos una gira de inspección con el Sargento Clark Messer en la «4 x 4» de Doelittle, inagotable y desvencijada, por los caminos arenosos que siguen la línea de la frontera. Una novedad: la parte de atrás del vehículo ha sido convertida en

coche celular para recoger a los «clientes». ¡Es inútil perseguir a los clandestinos! Lo que hay que hacer es evitar aplastarlos, porque aparecen por todas partes, de todas las edades, tanto ancianos como niños. Cuando ven nuestro coche-patrulla, saludan cortésmente al oficial de Estados Unidos y suben atrás. Un mexicano, a quien interrogo sobre este comportamiento pasivo, me responde: «No son dóciles, son nobles». Clark Messer deja su carga en el depósito central. Hay allá otra innovación sobre lo que vimos en 1986: la policía norteamericana no controla la identidad de los recogidos. De todos modos, esta identidad es falsa. Sólo se les pregunta a los clandestinos si aceptan volver al otro lado: un sí unánime evita todo procedimiento judicial, y, en autocar, regresan todos a Tijuana. Horas después, vuelven a intentar el paso de la frontera. «Detenemos -me dice Clark Messer- a seiscientos mil por año, unos dos mil al día, y calculamos que son tres veces más lo que logran cruzar la frontera con éxito». ¿Y el muro? ¡El famoso muro a lo largo de la frontera, llamado por la izquierda norteamericana «el nuevo muro de Berlín»? «Ya lo veremos», responde el policía.

¡No puedo creer lo que estoy viendo! En 1986 había, a través de las dunas, una vieja alambrada cortada aquí y allá por los clandestinos. La alambrada ha desaparecido, reemplazada por... una barrera de lata ondulada de apenas dos metros de altura, hecha con materiales de recuperación Unidos por barras mal soldadas, herrumbrosas, absurdas. Los border-patrols, reconoce Clark Messer de mala gana, la han construido ellos mismos, con los materiales de que iban disponiendo, durante sus fines de semana. «Ya sabe usted lo que pasa: ¡los políticos de Washington hablan de proteger la frontera, pero no nos dan dinero para hacerlo! La barrera -me dice- tiene unos quince kilómetros de largo, pero no impide que los mexicanos cruce; basta con saltarla, pero sirve para atrapar a los ilegales cuando los descubrimos ya en este lado». A la novedad se une un perfeccionamiento técnico: la «tierra de nadie», entre las barreras y las primeras casas de San Isidro, del lado de Estados Unidos, ha sido sembrada de sensores que detectan los pasos y los denuncian al ordenador central que está en la sede de la patrulla. Los senadores permiten localizar a los grupos de importantes, e inmediatamente se envía una patrulla o un helicóptero. Hay que actuar rápidamente, aunque con medios de transportes reducidos. Si una patrulla está ya ocupada interceptando a un grupo, el segundo franqueará sin inquietud la línea fronteriza y en pocos minutos llegará a los arrabales de San Isidro. Allí la población local, de origen mexicano, se convertirá en cómplice de los ilegales y no hará nada por ayudar a la policía. Pero como la barrera ha conseguido al menos ralentizar el paso de clandestinos, éstos han encontrado otro sistema más simple: ¡pasar por la puerta! En la autopista n.05, que lleva a San Diego, hay indicadores para que los automovilistas vayan con cuidado para no aplastar a los peatones. En efecto, el nuevo método de los mexicanos consiste en cruzar la autopista que sigue la frontera y remontar el tráfico en contra dirección; las patrullas abandonan inmediatamente su persecución para evitar choques frontales. A lo largo de los veinte kilómetros que llevan hasta el centro de San Diego se puede ver, cualquier día, centenares de inmigrantes ilegales

carretera adelante, mujeres, ancianos, niños -sin equipaje y andrajosos-, avanzando con determinación hacia la ciudad. Todos saben adonde van: una dirección garabateada sobre un papel, un vago pariente, una explotación agrícola de la Baja California, una empresa de limpieza en Los Angeles. Estos clandestinos pertenecen en su mayoría a dinastías campesinas para quienes la emigración a California es una tradición que se remonta a varias generaciones.

Si el emigrado va solo -y éste es el caso de los que llegan de una ciudad- encontrará pronto empleo ocasional en uno de los street markets (mercados callejeros) de los Angeles o San Diego. Entre estas gentes hay pocos aficionados al welfare, y sí, en cambio, una voluntad salvaje de escapar de la miseria como sea.

### Del otro lado del muro

Toda frontera invita a la transgresión: ¿cómo se ve «el muro» desde el lado mexicano? Es más fácil salir de Estados Unidos que entrar en ellos. Hacia el sur no hay ningún control: los norteamericanos no preguntan nada, y, del lado mexicano, la garita está vacía. Sin transición, se halla uno en el tercer mundo. Hace unos instantes, cuando estábamos aún en Estados Unidos, todo era limpio, ordenado, higiénico; del otro lado de la calle, todo es anarquía, desorden, agitación, ruidos, olores y colores: rosa de las fachadas, los vestidos abigarrados de la gente, la pacotilla de los bazares. Las farmacias ofrecen en ventas libre todo los medicamentos que en Estados Unidos sólo se pueden adquirir con receta médica, y además, toda una serie que promete la curación de sida. En el centro de la ciudad está la sede del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que gobierna México desde hace sesenta años: no sólo de la pobreza huyen los inmigrantes: huyen también de este despotismo. El muro de lata herrumbrosa del lado norteamericano tiene mejor aspecto visto desde México. Esta cubierto de frescos -tradición nacional- y de inscripciones. Una dice: «Contribuyentes norteamericanos, aquí se ve para qué sirve vuestro dinero». Poco convincente, teniendo en cuenta la modestia de la inversión... Muchos contribuyentes de Estados Unidos estarían dispuestos a pagar más para construir un muro impenetrable. Otro eslogan, interesante, ciertamente: «Nosotros no somos ni criminales ni ilegales: somos trabajadores internacionales». Así se ven los clandestinos, sin duda.

«El gobierno de Estados Unidos -explica el sociólogo mexicano Jorge Bustamante- se comporta de una manera perfectamente hipócrita cuando considera a los inmigrantes mexicanos como delincuentes; estos inmigrantes son, simplemente, trabajadores internacionales que piden empleo a empresarios norteamericanos». Jorge Bustamante dirige en Tijuana el Colegio de la Frontera Norte, centro de investigación especializada en inmigraciones. Pero «hipócrita» no es el término ajustado; si seguimos el análisis de Bustamante, sería mejor hablar de equizofrenia: «El guardia fronterizo -expone Bustamante- es un actor que representa dos papeles diferentes y contradictorios según el público». El primero está destinado a la opinión pública norteamericana, clásicamente xenófoba y hostil a la inmigración. A aquella se dirigen con su juego de guardias y ladrones sobre la frontera, con las

batidas y las impresionantes estadísticas. Estadísticas hinchadas, según Bustamante, pues la cifra de dos millones de detenciones anuales no considera que una misma persona puede ser detenida varias veces en un año y a veces en un solo día. Sólo ochocientos mil mexicanos penetran ilegalmente en Estados Unidos. Señalemos que la cuota legal fijada por el gobierno de Estados Unidos para México es de treinta mil permisos por año!

¿Por qué los border-patrols no detienen más que una ínfima fracción de los inmigrantes que intentan pasar la raya? ¿porqué no pueden hacerlo mejor? ¿Porque el gobierno no les proporciona medios suficientes? ¿Porque el gobierno no les proporciona medios suficientes? La verdad es -dice Bustamante- que el guardia fronterizo representa otro papel diferente para el segundo público: los empresarios de California. Estos necesitan perentoriamente a los mexicanos para recoger la fruta y las verduras de sus explotaciones agrícolas, para la limpieza, para los trabajos de jardinería, para las chapuzas diversas y para las fábricas poco mecanizadas. Conviene, pues, que los border-patrols dejen pasar un número de clandestinos. Por otra parte, cuando el gobierno federal se comporta de manera demasiado restrictiva para satisfacer a la opinión pública, el lobby de los empresarios protesta alegando las amenazas que el cierre de la frontera supondría para la economía local. Así, Ronald Reagan, cuando era gobernador de California, se mostró siempre favorable a la inmigración, y siguió siéndolo en la Casa Blanca, detalle que ciertos reaganófilos franceses parecen desconocer. El verdadero papel de las border-patrols, según Bustamante, consiste en mantener la frontera a la vez abierta y cerrada: no es un guardia fronterizo, sino un guardia de circulación que regula los flujos sobre el mercado internacional del trabajo. El empresario norteamericano -sigue Bustamante- ha inventado el «trabajador ideal»: el mexicano sin papeles, sin protección legal ni social. Este mexicano trabaja por un salario mínimo, cubre dócilmente funciones que los blancos rechazan y que los empresarios prefieren no encomendar a los negros, aun suponiendo que los negros las quieran. El beneficio es claro para Estados Unidos, pues México soporta el costo de la educación, por sumaria que sea, de esta mano de obra; por otra parte, los que pasan al Norte son los más activos y emprendedores, no los más pobres.

¿Hay alternativas para estas escenas de invasión, para este mercado de esclavos, para esta caricatura de la economía liberal?

En 1986 el gobierno de Estados Unidos creyó poner tope a la inmigración ilegal suprimiendo la demanda. La llamada Ley Rodino, por el nombre del parlamentario que la puso, prohibió a los empresarios norteamericanos emplear inmigrantes indocumentados. Simultáneamente, se concedió una amnistía en Estados Unidos más de cinco años. ¿Y qué ocurrió? La amnistía provocó una oleada de inmigración sin precedentes, alimentada por la vana esperanza de beneficiarse de ella. Los que fueron amnistiados hicieron venir a sus familias, con lo que los inmigrantes transitorios se convirtieron en residentes permanentes. En cuanto a la obligación de presentar documentos, esto no preocupa en absoluto a los empresarios ni a los mexicanos: la principal consecuencia fue un desarrollo, impresionante pero efíme-

ro, de la industria de falsificación de documentos. Al día siguiente de la promulgación de la ley, un contrato de trabajo falso costaba cuatrocientos dólares; hoy, en 1992, el precio ha bajado hasta veinte dólares. La ley no obliga al empresario a comprobar la autenticidad de los documentos que le son presentados. Por otra parte, ¿cómo iba a hacerlo? Y si el empresario descubre que los papeles son falsos, su dominio sobre el clandestino se ve aún más reforzado. Entre la ley y el mercado, es el mercado el que triunfa.

## Una frontera tiene que estar abierta o cerrada

Bustamante dice: «Sólo hay un modo de cerrar la frontera mexicana: construir un verdadero muro de Berlín de dos mil doscientos kilómetros, protegido por un glacis y guardado por el ejército, con orden de disparar contra los fugitivos». No totalmente. Algunos movimientos favorables a la «protección de la identidad norteamericana» (en particular la asociación californiana FAIR, Federation for Immigration Reform) preconizan la militarización de la frontera. Patrick Buchanan, candidato a la Casa Blanca, dijo en marzo de 1992 que la construcción de semejante muro resultaría más barata que la guerra del Golfo y sería dos veces más útil. Pero los mexicanos, nuevo boat-people, acabarían llegando por mar, como los haitianos y los cubanos, directamente hasta San Diego o Los Angeles. La evocación de estas escenas del Apocalipsis en favor del mantenimiento del sistema actual o por verdaderas alternativas, dos principalmente: la apertura total de la frontera, y/o la integración económica de México en Estados Unidos.

En primer lugar, la apertura. Un sociólogo norteamericano de la Universidad de San Diego, Wayne Cornelius, ha elaborado hipótesis de trabajo de las que resulta que la supresión de todo control no iba a cambiar probablemente nada de la situación actual. En una primera fase, el flujo inmigratorio aumentaría alfo, pero, al cabo de unos meses, volvería a su nivel anterior. No es una frontera lo que regula la inmigración, sino el mercado laboral: sólo franquean la frontera los mexicanos que saben que van a encontrar trabajo, porque, ya antes de salir, están en contacto con una red o con una familia implantada en Estados Unidos. Esta observación vale sin duda para toda inmigración de este tipo y en cualquier zona del mundo. Poco importaría, pues, que la frontera estuviese abierta o cerrada...

Otra solución: la creación, por las empresas del Norte, de empleos en el Sur, a fin de retener a los mexicanos en su tierra. Desde hace veinte años existe una experiencia en este sentido, aunque en situación embrionaria: son las *maquiladoras*, empresas de subcontratación, instaladas en zonas francas a lo largo de la frontera, que trabajan por cuenta de los empresarios de Estados Unidos, de Europa o Japón. Los industriales del Norte «explotan», así los bajos salarios y la habilidad de la mano de obra mexicana, ¡pero en su tierra! Las *maquiladoras* son positivamente consideradas por las dos partes, pero ¿han frenado realmente el éxodo, y hasta qué punto? Los obreros mexicanos aprovechan a menudo la experiencia adquirida en las *maquiladoras* para pasar a Estados Unidos y valorar allí su experiencia.

Más ambicioso es el proyecto de mercado común norteamericano, que debería ponerse en marcha en 1993 incorporando al Canadá, a Estados Unidos y a México: una *maquiladora*, ¡pero a escala de todo México! En teoría, la libre circulación de productos -y luego la de hombres, que ha sido en principio excluida del tratado- debería incitar a los inversores a instalar fábricas en México durante el tiempo en que los salarios, a igual productividad, sean más bajos que en Estados Unidos. La relación es actualmente de 1 a 10. La localización de industrias en el Sur permitiría a las empresas escapar a la reglamentación que protege el entorno en Estados Unidos. Pero ¿será suficiente la creación de empleo para frenar el éxodo? Jorge Bustamante ha arriesgado una estimación. Según él, los efectos empezarán a sentirse sólo a partir de los cinco años de puesta en marcha el tratado de libre cambio; se conseguirá entonces una reducción del 10% de flujo emigratorio, que podría alcanzar hasta el 50% al cabo de diez años. Así, en el mejor de los casos, y aunque el Sur se desarrollara, el Norte seguirá solicitando mano de obra, especialmente en los servicios menos cualificados, en los que ya son absolutamente dominantes los mexicanos.

¿Se cortarían la corriente de la mano de obra si se opera una recesión económica en Estados Unidos? Parece que no. Cuando la actividad económica en California es sostenida, la demanda de mano de obra aumenta también, pues los empresarios reemplazan a los trabajadores blancos o negros de los escalones más bajos por mexicanos, que son aún más baratos. Con la frontera abierta o con la frontera cerrada, con crisis económica o sin ella, la inmigración continuará mientras subsistan los desequilibrios económicos.